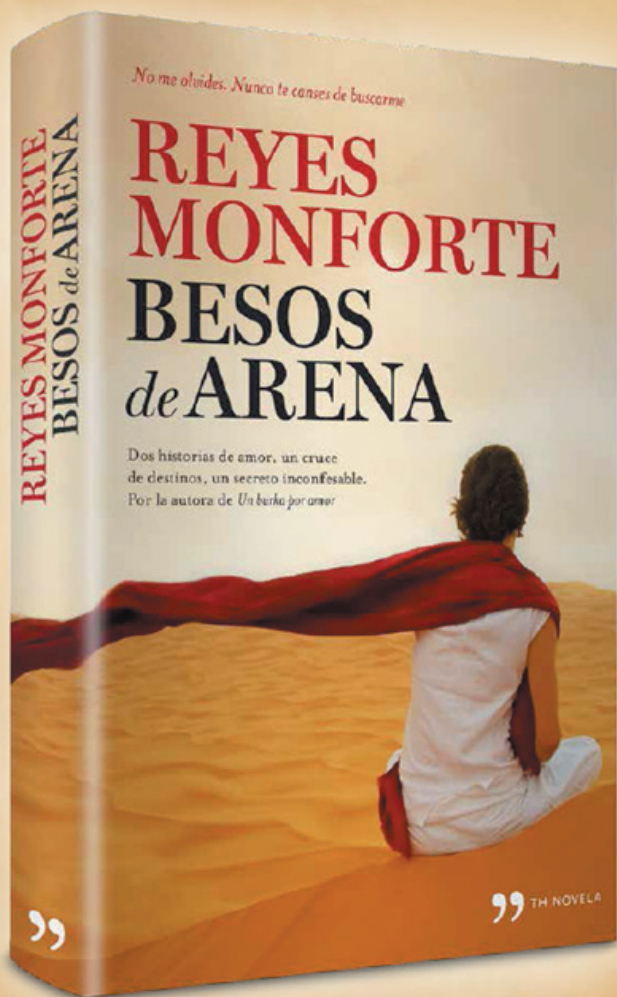


*D*os historias de amor,  
un cruce de destinos,  
un secreto inconfesable



Por la autora de  
*Un burka por amor*

Reyes Monforte

BESOS DE ARENA

*Fragmento*

temas de hoy. TH NOVELA

Para mi marido, José Sancho, el gran amor de mi vida...  
y de mis sueños. Siempre.

*Ser esclavo de quien amas es tener por prisión el paraíso.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR

*Cuando tu mayor debilidad es el amor  
eres la persona más fuerte del mundo.*

G. WOLD

*Un beso, solamente un beso,  
separa la boca de África de los labios de Europa.*

LIMAN BOISHA

*Nuestra generación no se lamentará tanto de los crímenes  
de los perversos como del estremecedor silencio de los bondadosos.*

MARTIN LUTHER KING



**L**a historia del desierto se escribe sobre la arena. Laia llevaba inscrita sobre su piel su propia historia, esculpida a golpe de violentas ráfagas del impredecible siroco y de un destino traidor que su propia sangre había grabado a fuego para que nunca olvidara de dónde venía y quién era realmente. Desde muy pequeña supo que, a semejanza de las estrellas en las noches abiertas del desierto, su existencia estaba destinada a observarlo todo desde el silencio más ensordecedor. El pasado ocultaba secretos que la relegaban a una mudez maldita, una afonía que le había impedido abrirse al hombre destinado a cambiarle la vida, a regalarle una nueva existencia, una orgullosa identidad sin sombras, sin mentiras ni crepúsculos. Pero hay secretos que queman, que se mantienen activos en el tiempo hasta que lo abrasan todo a tu alrededor y dejan tu vida convertida en cenizas.

«No me olvides. Nunca te canses de buscarme.»

El desgarrador sollozo le quemó la garganta. Al otro lado, Julio no podía entender nada de lo que había sucedido durante los últimos meses. Todo su mundo se derrumbaba ante él sin que pudiera hacer nada por impedirlo, y aquella sensación le consumía. Se aferraba al teléfono como si en ello le fuera la vida porque sabía que, en cierto modo, así era. Sus planes de futuro conjuntos, esos que hablaban de amor, de unión, de fiesta y celebración, de formar una familia y encontrar la felicidad añorada durante largo tiempo, se habían desvanecido con la rotundidad de un

edificio en ruinas: sin compasión, sin miramientos, con una impotencia omnímoda y, lo peor de todo, sin entender por qué. En eso se habían convertido sus vidas: en los escombros de un pasado que había caído con todo el peso de la realidad para hacer añicos su presente y su futuro.

—Todo es culpa mía. Te mentí. Debí habértelo contado, pero no encontré el momento. —Laia notó cómo sus mejillas ardían. Su propia mentira la abochornó: había tenido muchos momentos, lo que no había encontrado era el valor para hacerlo. El miedo y la vergüenza habían sido una mordaza de la que aún no había logrado zafarse—. Ahora es tarde y todo es culpa mía. No te mereces nada de esto.

Se sabía la única responsable y ese pensamiento no le hacía sentirse mejor. El secreto seguía abrasándole en la boca y no podía compartirlo para desenmascararlo, para deshacerse de él y sentir el viento de la sinceridad golpeando sobre su rostro. Su cabeza volvió a negárselo. No encontró el valor para entregarse al desahogo, para contarle la verdad, ni aun al resguardo de los miles de kilómetros que los separaban. Quizá era demasiado tarde.

«No me olvides. Nunca te cansas de buscarme.»

Junto a ella, atándola a la tierra, una voz amiga —«Tienes que cortar. Es demasiado peligroso, no me gusta»—, y Julio al otro lado del teléfono, pidiéndole que le escuchara, asegurándole que la iba a sacar de allí.

—No vas a estar sola. No te voy a abandonar. Recuérdalo. Sé fuerte.

Y otra vez la voz junto a ella, apremiándola —«¿Tienes que despedirte ya o nos descubrirán, y entonces ya no habrá solución ni para ti ni para mí!»—, mezclándose con las palabras de Julio, como en una cadena.

—Te voy a sacar de allí, ¿me oyes?

—Nos estamos jugando la vida, Laia.

—No pienso dejarte sola, mi amor. No vas a estar sola. No te voy a abandonar. Recuerda esto y sé fuerte.

—¡Cuelga ya!

—Te quiero. Eso es lo que tienes que recordar. Te quiero.

—¡Cuelga, Laia!

Hasta que al fin logró gritar eso que le quemaba la garganta:

—No me olvides. ¡Nunca te canses de buscarme!

Luego nada. La línea vacía.

La boca de Laia secándose en África, en los campamentos de Tinduf, mientras los labios de Julio se agrietaban en Europa: los besos que un día los unieron se habían ahogado. El desierto los sepultó y ahora luchaba por sepultarla a ella en esa prisión de arena.





**PRIMERA PARTE**

*Un día plantaré rosas*



## I

**L**os ojos de Julio parecían guiar, como los hilos de una marioneta, la comisura de sus labios hasta conseguir una sincera y entregada sonrisa de enamorado. La observaba sentada en el suelo, leyendo aquellos libros de medicina repletos de nombres extraños y números indescifrables, conduciendo sus indagadores ojos entre las páginas, escribiendo sobre ellas con el mismo ensimismamiento con el que una niña colorea sus dibujos, subrayando frases con rotuladores de colores. La contemplaba como si estuviera dentro de un cuadro que no podía dejar de observar porque en cada vistazo encontraba un nuevo detalle que le atrapaba más que el anterior, un nuevo motivo para no apartar jamás la mirada de aquella mujer hermosa, tierna, frágil pero tremendamente vivaz. Parecía que el tiempo se había detenido y ninguno de los dos necesitara nada más.

—La niña que dormía en el suelo —le dijo finalmente—. Sigues siendo la misma. Hay cosas que no cambian.

Laia pareció sobresaltarse y le devolvió el esbozo de una sonrisa cómplice, sincera, entregada.

—Tú mejor que nadie deberías saber dónde duermo. Anda, ven aquí —le rogó extendiendo hacia él los brazos.

La niña que dormía en el suelo. Esa era Laia: la niña del desierto.

Se había ganado el apelativo nada más pisar aquel nuevo mundo que se abría ante sus enormes y brillantes ojos color avellana, y que hablaba de solidaridad, de tranquilidad, de tormentas de verano y de flores de

colores vistosos que emergían de las entrañas húmedas y fértiles de la tierra. La primera mañana de sus Vacaciones en Paz en España, su madre de acogida la encontró plácidamente dormida en el suelo: no había tocado la cama vestida con esas sábanas de un color rosa chillón que había ido a comprar a unos grandes almacenes el día anterior a su llegada.

Con doce años, Laia había llegado desde el corazón del desierto del Sahara Occidental para pasar el verano en un pequeño y acogedor pueblo de Huesca. Apenas traía consigo un par de camisetas en una mochila vieja y raída, dos pantalones, una chaqueta de lana oscura con más de un enganchón que daba cuenta de los años que la contemplaban, unas zapatillas de deporte algunos números más grandes de lo que sus pies requerían y una *melfa* de colores rojos y blancos, recién adquirida, a modo de recordatorio de un regreso temprano: ocho semanas en España antes de volar de vuelta a África. Una breve huida del corazón de la gran Hamada argelina donde se emplazan los campos de refugiados saharauis, capaces de alcanzar en esos dos meses de estío temperaturas de más de cincuenta grados a la sombra.

Leticia y Sandro, los padres de acogida de Laia, no tardaron en encariñarse con aquella niña menuda, llamativamente escuálida a juzgar por el modo en que los huesos se le marcaban bajo su piel morena, casi rojiza; con grandes ojeras que no le nacían en la desembocadura de los ojos, sino más adentro; con los dientes frontales separados, protagonistas en una sonrisa pizpireta; y con unos preciosos y expresivos ojos bautizados con el brillo que habían dejado caer sobre ellos las estrellas del desierto y que, sin embargo y durante los primeros días, la pequeña se empeñaba en esconder, como si quisiera enterrarlos en el suelo.

Desde el primer momento, Laia llamó la atención por su vertiginoso y espectacular grado de integración. No le costó adaptarse a su nueva casa, a su nueva familia, ni siquiera al idioma: lo iba perfeccionando rápido y con gusto. Como cada año, los responsables del programa de acogida habían advertido a las familias de que tendrían que armarse de paciencia y un tacto especial con los niños saharauis a la hora de recor-

darles las costumbres que imperaban en su nuevo hogar, o la necesidad de realizar algunas tareas domésticas, como recoger su cuarto o poner la mesa. Aun así, en el caso de Laia aquella precaución sobraba: la predisposición de la niña era extraordinaria, y a ratos, hasta divertida. Antes incluso de pedírselo, Laia ya lo había hecho; a decir verdad, a veces Leticia tenía que ir detrás de ella para impedirle que fregara los platos, sacudiera las alfombras o pasara una gamuza por todo mueble o adorno que encontraba por la casa para quitarle el polvo. «Qué obsesión tiene esta chica por limpiarlo todo. Si me descuido, barre hasta la calle», le decía entre divertida y un poco extrañada a Sandro.

Tampoco la comida fue un problema: mientras otros niños se mostraban reacios a probar determinados alimentos, como algunas verduras o el pescado fresco —sabores nuevos y diferentes a los que estaban acostumbrados—, la pequeña de los ojos almendrados comía de todo, con una gratitud infinita y una satisfacción que confortaba a quien compartía mesa con ella. Daba auténtico placer verla beber un simple vaso de agua, y cómo empleaba en la operación más tiempo del que cualquier otra persona invierte en un acto considerado pura rutina en una parte del mundo: lo cogía cuidadosamente con las manos, observaba el agua cristalina encerrada en el recipiente de vidrio como si sus ojos estuvieran presenciando un espectáculo fascinante, se lo acercaba a los labios y lo bebía como habría bebido el mismo néctar de los dioses. Podía pasarse horas abriendo y cerrando el grifo de la cocina o de la ducha, fascinada hasta el extremo, y los primeros días Leticia tenía que sacarla de la bañera casi a la fuerza después de más de una hora sumergida en ella, cuando las yemas de sus dedos lucían arrugadas como garbanzos y tanto sus uñas como sus labios presentaban un color amoratado. Ese mismo magnetismo sentía hacia la electricidad: no eran pocas las veces que Sandro tenía que levantarse para evitar que el salón o el dormitorio semejaran una discoteca por la insistencia casi hipnótica del dedo de Laia apretando el interruptor de la luz, encendiéndola y apagándola, encendiéndola y apagándola. No parecía sentir nostalgia por su país, por su familia, por sus

costumbres, como si no viniera del mismo páramo de arena que el resto de los pequeños. Tampoco mostraba especial interés en compartir el tiempo con otros niños saharauis. Ni siquiera la religión fue un problema en su caso, a pesar de las advertencias y recomendaciones que la organización les había hecho al respecto.

—Si quieres que nos acerquemos a una mezquita o a cualquier otro sitio, dínoslo, porque no tenemos ningún problema en llevarte donde quieras o en darte lo que necesites. —Leticia quiso dejarlo claro desde el primer momento para que no se sintiera cohibida ni incómoda por el hecho de rezar a un Dios distinto al suyo—. Siéntete libre, que no te dé vergüenza ni reparo decírnoslo.

En aquella ocasión los ojos de Laia la miraron fijamente durante unos instantes, luego la niña fue a su habitación y de uno de los bolsillos exteriores de la mochila extrajo una pequeña piedra que le mostró a Leticia.

—Esto es todo lo que necesito. Pero tampoco lo necesito mucho. —Y era cierto—. ¿Damos un *payeso*?

En los campamentos de Tinduf coexisten como idiomas imperantes el español —el idioma que se emplea en los dispensarios y hospitales, las consultas, el trato con los cooperantes o la escolarización— y el hassanía, «el habla de Hassan», un dialecto del árabe. El pueblo saharauí, en su mayor parte al menos, es un pueblo bilingüe. Con todo, la lengua de trapo que Laia tuvo durante los primeros días resultaba enternecedora para su nueva familia; tanto que algunos términos se desterraron para siempre en aquella casa de Huesca, reemplazados en adelante por palabras nuevas que salían de la boca de la pequeña. En esa familia ya no se dieron más paseos, sino *payesos*.

En cuestión de semanas fue como si Laia siempre hubiese formado parte de sus vidas. Quizá lo único que parecía asombrarla eran los gestos de afecto y los signos de cariño que los responsables de la ONG organizadora de las Vacaciones en Paz recomendaban a las familias de acogida dispensar a los niños saharauis, aunque pronto se acostumbró a los abrazos y los besos, y agradecía cada uno de ellos como si fueran las primeras

muestras de ternura que recibía en su vida. Y no faltaron abrazos ni besos cuando recibieron las malas noticias.

Además de huir de temperaturas abrasivas, la campaña anual Vacaciones en Paz se centraba en un programa sanitario que proporcionaba a los niños saharauis una vigilancia periódica de su salud, lo que les brindaba más oportunidades de un crecimiento normal. Durante los dos meses que iban a pasar en España, los niños esquivaban el riesgo de deshidratación y malnutrición, y se les sometía a revisiones de la vista (dañada por el inexorable sol del Sahara), del oído, de sangre y orina... Reconocimientos imposibles de llevar a cabo en los campamentos saharauis. Fue en uno de ellos donde saltó la alerta. Además de dolencias que la mayor parte de los pequeños compartían —una anemia severa, diarrea crónica, infecciones en la piel y algunas irregularidades en la orina—, Laia sufría principio de asma y una dolencia cardíaca no excesivamente grave en un país como España, pero preocupante si su vida se desarrollaba en el desierto, sin medios, sin controles, sin cuidados preventivos: hablaba de una muerte prematura si no se tomaban las debidas precauciones.

—Creo que sería conveniente que contactarais con la ONG —recomendó el médico a sus padres de acogida—. Debería quedarse en España hasta que se recupere y controlemos su enfermedad. De no ser así...

Arrancaron entonces los trámites de su familia de acogida, dispuesta a que el regreso de Laia a los campamentos de Tinduf se demorase hasta que su estado de salud le permitiera llevar una vida normalizada, pero los problemas no tardaron en aparecer. Lo que pensaron que se saldaría con un gesto de agradecimiento por parte de la familia saharauí —en tanto que Leticia y Sandro estaban dispuestos a correr con los gastos médicos y la manutención de la niña— se tornó en desprecio e incomprensión en el campamento de Dajla. La Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui intentó mediar entre ambas familias, pero el problema parecía enquistarse, como si nadie tuviera especial interés en resolverlo y prefirieran dejar pasar el tiempo. Quizá para entonces ya no habría que decidir nada.

Conforme se iba aproximando la fecha de regreso a los campamentos



de Tinduf, ya mediado el mes de agosto, Laia comenzó a ponerse nerviosa. No era tonta: la ausencia de noticias presagiaba el final de su sueño de quedarse en España, poder asistir al colegio, seguir viviendo en aquella casa en la que bastaba con un dedo para disponer de luz o agua, o alargar aquella agradable experiencia de estar sentada en el sofá del salón entre Leticia y Sandro viendo la televisión. Todo aquello cada vez se parecía más a un espejismo enclavado en la única realidad de las dunas y las tormentas de arena en el desierto. No podía soportar la idea de volver, no quería. Cuanto más insistía su cabeza en la posibilidad del regreso, más deprisa y con más furia latía su corazón. Alcanzaba tal violencia que tenía que sujetarse el pecho con las manos por temor a que terminara por romper las barreras y salir fuera.

—Tranquilízate, cariño —intentaba apaciguarla Leticia—. Todo se arreglará. Verás como puedes quedarte con nosotros hasta que te cures.

Sus padres de acogida ignoraban los motivos reales de Laia para temer su regreso. Es cierto que les sorprendía que la pequeña no preguntase por los suyos —igual que les sorprendía que sus padres no hubiesen cogido un vuelo tan pronto como les comunicaron la dolencia de Laia—, pero estaban tan volcados en la salud de la niña que no se plantearon nada: sabían que las familias saharauis solían ser familias extensas, y que estaban lejos de desplegar esa sobreprotección que tan bien conocen las familias europeas. Achacaron el comportamiento de los adultos a las socorridas diferencias culturales, y el de la pequeña al miedo por su salud y al deseo de alargar las vacaciones, y con eso se conformaron para dejar las preguntas a un lado y centrarse en lo importante: el corazón de Laia. Ignoraban que había más cosas, más situaciones que la niña callaba por miedo y vergüenza, por temor a sufrir las consecuencias de una mentira que nadie comprendería y en la que ella era también una víctima.

¿Tendría que contarles lo del agua sucia sobre la cabeza, lo de las cintas largas y finas, lo de las interminables caminatas, lo de la arena en la boca...?

La primera noche de septiembre fue también la primera que Laia llo-

ró desconsoladamente desde su llegada, mientras la lluvia de las últimas tormentas de verano golpeaba los cristales de su cuarto. Amaba la lluvia. Hubiese dado lo que fuera por levantarse y abrir la ventana, o pedir permiso a Sandro para salir al jardín y dejar que las gotas frescas que descargaban las nubes la empaparan. Según el noticiero de la noche, esa agua —«acompañada de polvo en suspensión que seguramente teñirá de rojo los coches, bancos y setos de la mitad este del país»— provenía del Sahara. Una intromisión del pasado en su presente; una llamada, un recordatorio. Casi una amenaza. Prefirió permanecer escondida entre las sábanas y pasaron horas antes de que la venciese el sueño.

A la mañana siguiente Laia salió de su cuarto decidida a suplicar si hacía falta, pero no fue necesario: Sandro se encargó de darle los mejores buenos días que podría imaginar.

—Roberto dice que te quedas con nosotros. Un juez ha suspendido tu devolución a los campamentos —le dijo mostrándole un papel que un hombre alto y atlético vestido con un elegante traje de un color gris había traído minutos antes. Ahora ese hombre permanecía sonriente ante ella, sujetando entre las manos una carpeta azul con el sello en blanco donde podía leerse su nombre y su apellido junto a un ornamentado «Bufete de Abogados».

A ella se lo habían ocultado, pero la negativa irracional de la familia saharauí había alcanzado tal cariz que Leticia y Sandro optaron por recurrir a la justicia. Ahora, la decisión del juez avalaba su petición, tal y como explicaba la sentencia: permanecería bajo la custodia de sus padres de acogida «hasta que a la menor se le realicen todos los análisis necesarios, haya recibido todos los controles y tratamientos adecuados y el alta médica garantice que puede volver a su país de origen recibiendo un seguimiento médico oportuno. Tras su curación, la tutela será asumida por la Dirección General de Familia y Servicios Sociales para su devolución a su país».

Sandro leyó en voz alta mientras Laia sonreía feliz.

Seguía siendo la única depositaria de su secreto, y a sus doce años ya sabía que haría cuanto estuviese en su mano por que permaneciera oculto.

Así comenzaron unos años de calma en los que Laia no despegó los pies de tierra española. De sus entrañas brotó su renacer, su nueva vida, y esa pequeña asustadiza y reservada se fue convirtiendo en una joven muy distinta por dentro y por fuera. Una mujer decidida, alegre, extrovertida, brillante, inteligente, una mujer hermosa. La naturaleza la había obsecuado con una belleza exótica de rasgos pronunciados, labios prominentes y carnosos, cabello oscuro y ensortijado, y unos ojos rasgados que parecían tintados en kohl, a juego con su piel mulata. En contraste, el blanco níveo de su dentadura y sus dos dientes frontales como dos bloques firmes gracias al férreo aparato que la acompañó durante un par de años. También fue cambiando su entorno: las repisas de las estanterías de su cuarto eran un ir y venir de títulos y autores —ahora sobresalía entre todos ellos un ejemplar de *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, regalo de Sandro—, y las sábanas rosas dieron paso a un juego de cama más verdoso. De igual modo, las conversaciones con Leticia dejaron de centrarse en la necesidad de cuidar su salud, y con el tiempo empezaron a tocar temas cotidianos como las clases, los amigos, los paseos en bicicleta con Sandro y Brownny —el beagle que le regalaron por sus extraordinarias calificaciones académicas—, o lo poco que le convenía engancharse a la nicotina por mucho que casi todos sus conocidos lo hicieran.

Tan solo dos cosas no habían variado en todo ese tiempo: el placer que sentía al permanecer bajo la lluvia con los brazos abiertos y el rostro volcado hacia el cielo, llamando a la generosidad de las nubes, y la seguridad de que jamás volvería al campamento de Dajla. Cada vez que surgía el tema, Laia argumentaba su negativa en los estudios y su dolencia cardíaca crónica aunque controlada: ni siquiera soportaba que le mencionaran el tema. En muchas ocasiones Sandro y Leticia la animaron a viajar hasta los campamentos de Tinduf, únicamente de visita. Hacía años que no veía a sus padres y la comunicación con su familia no era precisamente fluida. Le propusieron incluso viajar con ella.

—Si tu miedo es que no te dejen volver a España, no temas —le insistía Leticia—. Nosotros iremos contigo. No te dejaremos allí. Estoy

segura de que tus padres están orgullosos de ti, de cómo te está yendo en los estudios. Solo querrán lo mejor para ti.

—¿Es que acaso os molesto aquí? —preguntaba la joven a sabiendas de que la pregunta les dolería—. ¿Os habéis cansado de mí? Queréis que me vaya, ¿es eso? Si es eso...

—No digas tonterías, cariño... —Leticia buscaba con la mirada el apoyo de su esposo, y el gesto de Sandro solo reflejaba desesperación—. Nosotros queremos que te quedes aquí. Sabes que te queremos. Tan solo pensamos en lo más adecuado para ti y tu familia. No veas fantasmas donde no los hay.

Le ocurría en ocasiones: a buen resguardo en su casa de Huesca, de golpe llegaban a la memoria de Laia imágenes de cuando era pequeña. Como cuando la dejaban atada con una cuerda larga y fina al parachoques delantero de una furgoneta blanca cubierta de barro seco, castigada y a la espera de un perdón que no llegaba en horas. De madrugada, todo eran sombras y oscuridad, ruidos extraños que su imaginación convertía en monstruos. Era una niña, aún no sabía cómo dominar sus miedos. ¿Qué era normal y qué no en la arena?

—Mi familia sois vosotros. Hay tantas cosas que no sabéis de mí... —replicaba nerviosa mientras pensaba en lo equivocada que estaba Leticia sobre los fantasmas. Los suyos seguían vivos.

Los recuerdos la sorprendían de repente, como si nunca hubiese dejado Dajla, y se revolvía contra quien fuera; el rostro de Laia adquiría una dureza desconocida en ella. Era la única conversación en aquella casa que se daba por zanjada antes incluso de iniciarse. Siempre que la discusión llegaba a ese punto, sus padres españoles, como le gustaba llamarlos, callaban, se miraban, imaginaban extrañas historias, intuían que había algo que aquella niña no les había contado y que llevaba escondido en su interior desde el primer día que puso un pie en su hogar. Pero lo respetaban y optaban por el silencio. El tiempo diría lo que tuviera que decir. Y Laia también.

De ese modo y poco a poco, el Sahara Occidental fue quedando relegado a un ayer brumoso. Hasta que el azar lo trajo otra vez a su vida.

**L**legaron dos meses antes de su decimoséptimo cumpleaños: al fin habían ocupado el chalet contiguo al de Leticia y Sandro, tenían nuevos vecinos.

—¿Y los has invitado sin más? —preguntó Leticia. Tampoco le había sorprendido, así era su marido: al parecer, los había visto aquella mañana descargando el camión de alquiler con los trastos de la mudanza, y además de echarles una mano durante horas, les había abierto las puertas de su casa.

—Son gente muy agradable —se defendió él—. Y deben de tener una historia interesante: el chico no es mucho más mayor que Laia, y por lo visto ya casi es piloto; y no te vas a creer dónde vivió el padre.

Los vecinos llegaron a su casa unas horas más tarde y entre presentaciones y bienvenidas, para cuando los dos jóvenes se quedaron en un aparte, ya era evidente que había cierta química en el aire. Desde que se abrió la puerta hasta que se marcharon después de la cena todo fueron miradas y sonrisas entre ellos.

—Así que tú eres la chica que viene del desierto —había preguntado Julio, y Laia pensó que aquella sonrisa limpia y acogedora tenía que venir preparada de casa. No podía haber tanta perfección.

—Y tú el chico que prefiere no tener los pies en el suelo.

Los dos sonrieron.

Fue la primera de muchas charlas, de muchas tardes juntos. Julio era

el primer chico por el que sentía algo tan fuerte, y el primer amor marca. Había tenido muchos amigos, con alguno de ellos había tonteado, con la mayoría por el simple placer de saberse libre para hacerlo, con derecho a experimentar las mismas sensaciones que el resto a pesar del pesado y diferente bagaje. Pero lo que sentía por Julio era diferente: no se trataba de ir al cine, comprar palomitas y cambiar impresiones sobre la película durante la cena en uno de los restaurantes próximos a las salas. Tampoco era la compañía que añoraba para sentarse en uno de los bancos del parque y dejar pasar la tarde comiendo pipas, riendo con las ocurrencias de los amigos, recordando algún momento divertido de clase, intercambiando opiniones sobre el último examen o el nuevo profesor y despidiéndose cuando las manecillas del reloj estaban a punto de alcanzar las nueve de la noche, hora límite entre semana para llegar a casa. No era eso. Era algo distinto, desconocido hasta entonces. Era tumbarse boca arriba en el césped que cubría el jardín de la casa, observando las estrellas mientras los oídos de Julio se convertían en cazadores de historias lejanas. Historias sobre otras tierras, que brotaban de los labios de Laia.

—De donde yo vengo —le decía—, las estrellas brillan más que en ningún otro lugar del mundo.

—¿Seguro? —la picaba él.

—Claro que es seguro. Si te tumbas sobre la arena y abres bien los ojos, parece que bajan a tocarte, a abrazarte..., algunos hasta aseguran que les han besado alguna vez y es una sensación que no se olvida jamás. Míralas, ahora nos están mirando, y son las únicas que saben guardar secretos. Nunca te fallan porque no lo compartirán con nadie.

Cuando no estaban juntos, no se lo podía quitar de la cabeza. El tiempo se fugaba tramposo entre sus dedos cada vez que estaba con él. Tenía la impresión de que el pecho se le abría para llenarse de aire, de sol, también de lluvia. Era algo fresco, hermoso, ilusionante y no supo cómo podría evitarlo, si él no la correspondía. Tampoco sabía cómo disimularlo, cómo vivir con ello sin que su expresión fuera un escaparate fiel e indiscreto de lo que comenzaba a bullir en su interior. Su rostro, en

portentosa complicidad con sus ojos inundados de luz y sus mejillas ligeramente sonrojadas, la delataron ante quien mejor la conocía. Esa a quien le gustaba llamar *madre*.

—Señorita, a usted le pasa algo —le dijo el día antes de su cumpleaños—. Va todo el rato con esa sonrisa medio boba en la cara, ni siquiera discute conmigo cuando le digo las cosas porque ni las escucha, y me dice a todo que sí, como a los tontos. A usted le pasa algo y me lo va a contar en este momento si no quiere represalias inmediatas —bromeó Leticia.

Estaban los tres en la cocina: ella atareada con los ingredientes del cocido montañés que andaba preparando para aquel día (el plato preferido de Laia), mientras la joven terminaba el desayuno y Sandro ojeaba el periódico de la mañana. Al oír a su mujer, asomó los ojos por encima de sus lentes, repartiendo las miradas entre las dos, con una expresión de perdido en la cara que no se sabía muy bien si provocaba más risa o ternura.

—¿Qué pasa? —acertó a preguntar—. ¿De qué habláis?

—La niña, que parece que nos está ocultando algo...

En otro momento de su vida, al escuchar la mención de un secreto oculto el corazón de Laia habría protagonizado varios saltos mortales, pero ni siquiera aquel miedo sacudió su mente.

—No sé de qué me hablas. Y si lo supiera, no creo que sea el momento de contarte nada —dijo Laia inclinando su cabeza hacia Sandro, como si le estuviera pidiendo a Leticia una tregua pactada hasta que él desapareciera de la cocina y se quedaran solas.

—No será por Julio, ¿verdad? —El comentario de Sandro las dejó sorprendidas. ¿Desde cuándo se enteraba él de nada?—. Es un chico muy majo, muy majo. Y su padre es una gran persona. Los he invitado a cenar, me caen bien. Esta noche vendrán a celebrar tu cumpleaños. —Volvió a levantar su mirada hacia el rostro anonadado de ambas mujeres—. No teníamos otros planes, ¿no? Tú no habrás quedado con Julio como haces últimamente, ¿no, hija? —Laialadeó ligeramente la cabeza de izquierda

a derecha—. ¡Ah!, menos mal. Me alegro —dijo regresando a su lectura y volviendo a encerrar sus ojos tras las lentes—. Vendrán a las nueve. Si le dices a tu madre lo que prefiere Julio en cuanto a gastronomía, seguro que te lo agradece, ¿verdad, mamá?

—Verdad... —Leticia no pudo evitar que la incredulidad impregnara su voz. Su marido siempre la sorprendía cuando menos se lo esperaba. Había vuelto a hacerlo.

—¿Vosotras tenáis idea de que un saharauí había jugado en el Real Madrid? —les preguntó Sandro cambiando radicalmente de tema como si en verdad le importaran sus conocimientos deportivos—. Me lo ha contado Carlos esta mañana. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, un tal Dida Boujama. No era muy bueno y además se lesionó pronto y ahí acabó su carrera. Primero pensé que me tomaba el pelo, pero luego hasta me dijo que era tío de uno que fue embajador marroquí en Madrid, Ahmadou Souilem. ¿No es sorprendente? Lo diminuto que es el mundo y lo grande que nos empeñamos en hacerlo. —Era uno de sus latiguillos preferidos. Lo utilizaba para todo y solía ser motivo de burla en la familia.

Y de nuevo, por segunda vez desde su llegada, ambas familias se reunieron alrededor de una mesa para compartir no solo buena vecindad, sino también una agradable amistad que iba creciendo gracias a la relación que había surgido entre sus hijos. A Sandro le gustaba escuchar las historias de Carlos, aquel canario de pelo cano, sonrisa franca, maneras ilustradas y voz envolvente, que disfrutaba recreando con certeras palabras los recuerdos de su estancia en Villa Cisneros, lo que ahora era Dajla.

—Los mejores años de mi vida los pasé allí —decía con una nebulosa nostalgia en la mirada y en la garganta, mientras Laia intentaba que los recuerdos de Carlos no tirasen de los suyos propios hacia el campamento de Dajla—. Es cierto que hubo malos momentos, la verdad es que hubo de todo, pero es algo que te atrae, es un mundo que te llama, como si alguien estuviera tirando de una cuerda con el fin de atraparte. Esa tierra, esa arena, ese sol, esa gente tan amable, siempre dispuesta a hacerte sentir uno más. Fue una época fascinante...



Carlos Álvarez fue uno de los muchos canarios que protagonizaron una oleada migratoria hacia el denominado Sahara español a partir de la década de los sesenta; un éxodo que alcanzó su punto de mayor apogeo a principios de los setenta: un viaje hasta la colonia española en África para comenzar una nueva vida y cimentar un futuro profesional que en España, bajo el régimen franquista, se antojaba imposible. La ilusión por labrarse un porvenir hizo que en el censo de 1967 los canarios fueran el mayor colectivo de población de la entonces 53.<sup>a</sup> provincia española, donde, por muy chocante que les pareciera a muchos al llegar, el plato típico era la tortilla de patatas y sus habitantes mostraban orgullosos su documento nacional de identidad español, prácticamente idéntico al que se expedía en la Península, pero con un distintivo rojo.

Aquella noche, la memoria de Carlos volaba.

—Recuerdo el día que decidí que sí, que me iba al desierto. Acababa de regresar de Valencia, donde había estado dando clases durante tres años. Yo habría preferido empezar a trabajar en mi tierra una vez terminada la carrera de Magisterio, pero Franco no quería a maestros vernáculos impartiendo enseñanza en los territorios con lengua propia y por eso se encargó de trasladarlos a ciudades como Burgos, Sevilla o Gran Canaria, mientras que a algunos docentes de otras provincias españolas nos llevaban a lugares como Barcelona, Valencia o Bilbao. Un día, un compañero me comentó que se había publicado en el *Boletín Oficial del Estado* una convocatoria de plazas de maestros para viajar al Sahara español.

Casi podía ver el papel informativo que le pasó aquel amigo: la convocatoria corría a cargo de la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas, que dependía del Ministerio del Ejército, y sin saber muy bien por qué, Carlos se decidió a presentar la solicitud.

—La verdad es que estaba perdido: acababa de romper una relación con una chica valenciana preciosa pero con demasiadas ganas de formalizar una situación que no daba más de sí, así que había vuelto a mi tierra sin muchas expectativas: no tenía trabajo, mis amigos se habían casado y el cuerpo me pedía un cambio radical, lanzarme a la aventura.

Pero todo esto lo pensaba y lo decía con la boca pequeña. Ni por un momento creí que me darían el trabajo en semejante destino. ¿Sabéis lo que cobraba como maestro en España? —Le encantaba echar mano de las preguntas retóricas, que en su peculiar narrativa se convertía en todo un arte—. Venga, decid. —Esperó un tiempo prudencial para finalmente lanzar la respuesta—: 7500 pesetas y con problemas. ¿Sabéis cuál era mi sueldo en la escuela de Villa Cisneros? Más de 90 000 pesetas. Cómo no íbamos a ir en tropel, ¡si lo extraño es que no fuéramos más!... Eso sí, las plazas estaban contadísimas: cuando yo presenté la solicitud había solo catorce.

—Pero te eligieron —se adelantó Leticia, volcada en la historia.

—Pero me eligieron —repitió Carlos—. Y también me dieron un mes para darles una respuesta definitiva. No sabía dónde me metía, aunque no me arrepiento. Un par de semanas después llegué a la que entonces era la capital administrativa de El Aaiún y nada más echar pie a tierra creí que el cielo se estaba derritiendo. En mi vida había pasado tanto calor, esa sensación de ahogo, esas temperaturas... Sudaba a mares, en cuestión de segundos estaba como si me hubieran regado con una manguera. Yo tenía que ir a Villa Cisneros, que estaba a más de 800 kilómetros de donde me encontraba. El representante del Gobierno que fue a recibirme me dijo que había un avión alemán de carga, un Junker de la Segunda Guerra Mundial, que me llevaría hasta Auserd y de allí a mi destino, que estaba a otros 250 kilómetros. Pero para eso tendría que esperar, con suerte, unas cuatro semanas, porque acababa de salir uno y este trayecto se hacía una vez al mes. ¿Y qué hacía yo allí durante un mes largo sin oficio ni beneficio? Ellos me insistían en que no era mucho, pero para mí aquello era un mundo.

Carlos no tardó en darse cuenta de que las medidas de tiempo y espacio entre el Sahara español y la Península respondían a diferentes parámetros. Por casualidad había compartido viaje hasta Auserd con un compatriota con tan pocas ganas de esperar como él, y que le propuso algo que el canario aceptó sin pensárselo: viajarían en un barco de carga du-

rante tres días de navegación desde el puerto de El Aaiún hasta el de Villa Cisneros.

—Todavía me acuerdo de la vomitona que nos cogió a los dos durante todo el maldito viaje. Estoy convencido de que perdí el estómago en una de aquellas. Creo que yo adelgacé diez kilos en los tres días de aquella travesía del demonio y Francisco... —el semblante de Carlos se oscureció al pronunciar aquel nombre: su memoria se llenó de estruendos, de una fuerte explosión, de dolor, de muerte. Sus recuerdos le trasladaron al 10 de enero de 1976, al complejo minero de Fos Bucraa, una fecha que jamás olvidaría. Carraspeó y forzó una sonrisa—, él igual: un tío estupendo. Los dos éramos de secano y nos tocó pasar la prueba de fuego. Pero mira, allí estábamos.

Carlos bebió un sorbo del exquisito licor de avellanas casero que le acababa de poner Sandro. El padre de Laia atendía hechizado a todo lo que escuchaba, quizá porque en su vida había tenido oportunidad de salir de España y aquella narración entusiasta en boca de su vecino era lo más cercano que había estado de una aventura.

—¡Qué años aquellos, quién los pillara! —reía.

Al canario no le resultó difícil entablar amistad con los saharauis.

—Es el pueblo más acogedor de la tierra —decía mirando a Laia—. Aunque al principio era difícil cruzarse con alguien que no fuera canario, o andaluz, o gallego, o madrileño... Hasta cierto punto, era normal. La faena sobraba en los trabajos de perforación de los pozos de agua por todo el Sahara, en las empresas petrolíferas, en los bancos pesqueros, y sobre todo, en la empresa de fosfatos Fos Bucraa, en pleno Sahara Occidental. Allí sí que había canarios: en la mina, en el campamento que habían montado a pocos metros, en el cargadero de la playa, en la base administrativa de El Aaiún... —Un silencio—. ¿Sabíais que El Aaiún la fundó un gallego?

Así eran las conversaciones de Carlos: madejas de historias entrelazadas. Una te llevaba a otra, no podía evitarlo. En ese momento contaba que un gallego, Manuel Rodríguez Paseiro, desembarcó como soldado de

reemplazo en el fuerte militar de Cabo Juby y en poco tiempo se convirtió en Caid Manolo. Se hizo con la confianza y el cariño de todos, entabló amistad con el Caid Salah, jefe de las facciones rebeldes, y juntos decidieron construir una nueva ciudad con un nuevo zoco, después de que las dunas engulleran la ciudad santa de Smara. Sabían que los colonos necesitaban un centro de reunión para el comercio y se pusieron manos a la obra. Buscaron el viejo cauce de La Sequía El Hamra y excavaron un pozo. Cuando por fin lo terminaron, Caid Manolo puso una única norma: todo aquel que quisiera dar de beber a su ganado en ese pozo debía llevar consigo una piedra y emplear un día de trabajo para construir el nuevo zoco. Por su parte, él se encargaría de poner el té y el azúcar.

—Y así se construyó el nuevo zoco y la nueva ciudad... El día de la inauguración —continuó Carlos, que los tenía a todos, en especial a Sandro, atrapados con el relato—, el capitán general de Canarias felicitó a Caid Manolo y le pidió que le pasara la factura de los gastos. ¿Sabéis lo que dijo el gallego? «Por el té y el azúcar de la fundación de la ciudad de El Aaiún son quinientas pesetas.» Ahí estamos los españoles, y tan frescos. Y de ahí viene el dicho saharauí: «Quien no paga una deuda a un hombre del desierto se arriesga a que el desierto se la cobre»... Aunque es algo que los marroquíes no deben conocer porque de saberlo no los expulsarían de su territorio cada vez que se les antoja.

Era obvio que disfrutaba dando voz a su memoria, y también era obvio que dedicaba la mayor parte de su discurso a la chica del cumpleaños, la joven del desierto, quizá porque sabía de manera intuitiva que nadie mejor que ella podía comprender de lo que hablaba. Puede que para el resto fuera un misterio, pero Carlos pensaba que el mapa genético de sus pueblos compartía mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar. «Al fin y al cabo, canarios y saharauis somos nómadas, lo llevamos en la sangre.» También Laia lo notaba, incluso varias veces a lo largo de aquella velada —y en las muchas que siguieron— llegó a temer que aquellos ojos azules que tanto resaltaban en la piel aceitunada de Carlos intuyeran su gran secreto. Cuando eso sucedía, la joven solía sonreír y bajaba tímida-

mente la mirada no por vergüenza, sino por miedo a que el entendimiento entre ambos traspasara los diques preventivos que con tanto esfuerzo había levantado. Apreciaba a aquel hombre, en parte porque quería a su hijo como nunca había querido a nadie, pero había un territorio en su interior que necesitaba salvaguardar del exterior y ocultarle al mundo por pura protección, para que su vida no se derrumbara cuando estaba a punto de comenzar.

—¿Sabes, Laia? Yo conozco tu secreto. —El comentario de Carlos hizo que la chica abriera los ojos como platos—. Entiendo por qué tienes esa fascinación por el agua de la que me hablaba antes tu padre. En mis tiempos en Villa Cisneros me contaron mil veces una historia y, de tanto oírla, es casi como si la hubiese vivido. Ocurrió unos años antes de mi llegada a la colonia. Si mi memoria no me falla, fue en el 62 cuando se abrió el primer pozo de agua en Villa Cisneros. Todos estaban entusiasmados porque, por fin, el agua llegaría directamente del pozo y se olvidarían de abastecerse a través de los buques aljibes y de la esclavitud que eso suponía. ¿Sabéis lo que pasó? Que cuando abrieron el pozo... ¡se inundó todo el pueblo! Unos dijeron que el enorme surtidor de agua estaba mal hecho, que alguien había colocado mal las tuberías o que de estar tanto tiempo sin funcionar, se habían picado y aquello se había reventado. Tres días tardaron los obreros en arreglar el despropósito. Pero no penséis que el pueblo se deprimió. Muy al contrario, se instauró la Fiesta del Agua.

»Todos se congregaban alrededor del pozo, organizaron bailes, pusieron incluso pequeños puestos de comida, de pinchos, de bebidas, se brindaba por el agua. Los niños disfrutaban como enanos chapoteando descalzos, hacían que nadaban por la calle, subían y bajaban, corrían desnudos, reían, jugaban, vociferaban llamando la atención de sus padres, animándoles a contemplar lo que sin duda era todo un espectáculo para los sentidos. Jamás habían tenido una atracción más divertida. Mis compañeros maestros me contaron que esos tres días no hubo clase. ¡Cualquiera metía a los pequeños en las aulas con el recreo que se había organizado alrededor del pozo!

El resto de la cena transcurrió con un pie en Huesca y otro en África, entre risas, tarta de cumpleaños con diecisiete velas para la ocasión y anécdotas de otras épocas. Luego Sandro, Leticia y Carlos se quedaron de charla en el salón, mientras Laia y Julio salían fuera, a seguir la noche bajo las estrellas.

—Espera aquí un segundo —le dijo Julio cuando ella se sentó en los escalones que separaban el jardín de la puerta trasera. Regresó al minuto: venía de la entrada, con un paquete entre las manos. Estaba envuelto en papel satinado, adornado con un lazo tan esperpéntico que a la cumpleañosera le resultó divertido—. El lazo ha sido idea de mi padre —sonrió—. Bueno, en realidad, lo que viene dentro de la caja, también.

—Y entonces tú ¿qué me has traído? —preguntó pizpireta.

—De momento nada, pero, si quieres, en unos meses te llevo a sobrevolar tu tierra sin que tengas que darme nada a cambio.

—Casi mejor me quedo con el lazo —respondió después de reflejar en su rostro el gesto más travieso que supo encontrar. Sin dejar de mirarle rasgó el papel y alzó el regalo.

—¿Te gusta?

Le gustó más de lo que podría expresar con palabras. Era un reloj de arena labrado en madera rojiza y marfil, cuya delicada estructura albergaba los dos bulbos de un cristal precioso unidos ambos por un cuello cilíndrico. En su interior, un puñado de arenilla fina y rojiza se deslizaba con elegancia desde el receptáculo superior al inferior, con el mismo donaire que si se tratara de un baile de salón. Grabado en la madera con letras doradas, una leyenda:

*Esta es la tierra, crece en tu sangre y creces.*

*Si se apaga en tu sangre, tú te apagas.*

Carlos, el padre de Julio, lo había rescatado de una de las vitrinas del salón donde solían descansar los objetos más preciados de su pasado, los que acopió durante su estancia en Villa Cisneros. Aquella pieza única fue

el regalo de despedida de una de las mejores personas que dejó en aquella provincia española del Sahara Occidental antes de salir corriendo, protagonizando una huida forzada junto a otros muchos españoles en la denominada *Operación Golondrina*, organizada en octubre de 1975 por la administración española para evacuar a los españoles que se encontraran en aquel territorio, debido al grado de tensión bélica e independentista que se había apoderado de esa tierra a raíz de la Marcha Verde. Hasta las tumbas se levantaron, hasta los muertos huyeron.

Julio jamás pensó que su padre se desprendería de aquella pieza. «Qué mejor que las manos de una saharauí para guardar este pequeño tesoro —le había dicho aquella misma tarde a su hijo con cierto misterio—. La tierra vuelve siempre a sus verdaderos dueños. El tiempo coloca a cada uno en su lugar.»

La joven miraba el reloj de arena y luego le miraba a él. No hablaban, no hacían falta palabras. Casi no fueron conscientes de cómo sus rostros se aproximaban: era algo deseado.

Y así fue como la noche en que los dos jóvenes se besaron por vez primera fue también la noche en que la arena de Dajla, la arena de Tinduf, la arena del Sahara regresó a la vida de Laia.